

Charla con Julio C. Da Rosa, un escritor "hundido en la tierra"

"Yo, le confieso, hacía lo indecible por parecerme a Gardel"

Julio C. Da Rosa no amerita presentación ni en Treinta y Tres ni en nuestro país. Es un escritor lo necesariamente notorio como para que la sola mención de su nombre traiga consigo recuerdos de infancias, de lecturas escolares, de tiempos nunca olvidados. Pero además de escritor, don Julio es todo un personaje. Una de esos individuos que cualquier periodista que se precie de tal le gustaría tener a mano para entrevistar, si se pudiera, a diario. Cada respuesta, cada frase, cada gesticulación de don Julio, "sirve" al periodista, lo anima, lo alienta a seguir preguntando. Tanto que cuesta parar... Así le pasó a "El Pueblo" y es por ello que las siguientes páginas son sólo la primera parte de la charla. Para la próxima edición quedan otras tantas respuestas cargadas de vivencias y recuerdos de este hombre que aún, a más de 60 años, aún siente el desarraigo de su habitat infantil: el de la campaña.-

¿Cuál es su relación actual con Treinta y Tres? ¿Viaja seguido?

Yo nunca podría desvincularme de allá, mantengo un gran arraigo a Treinta y Tres a pesar de mi desarraigo físico. Especialmente tengo una gran memoria de mi juventud, y sobre todo de mi infancia, allá en el fondo de las Sierras. Aquel paisaje me resulta irrenunciable,

imborrable. De modo que voy de vez en cuando. Precisamente con Cristino estábamos preparando una incursión de una semana, pensábamos ir a aquellas sierras, incluso quedarnos en la casa vieja, pero Cristino se me murió, pobre... Pero no tengo descartado ir a mi escuelita 10, exclusivamente para hacerle una especie de recompensa por todo lo que allí aprendí. Ustedes no se imaginan todo lo que a mi me sirvió la biblioteca de aquella escuelita; ciento y pico de libros; me leía hasta los clásicos allí, además de la toda la producción literaria nacional. Silva Valdés, Montiel Ballesteros, Paco ya estaba apareciendo... Serafín todavía no. A Serafín lo vine a conocer recién en 1933, cuando llegué a Treinta y Tres. Al año siguiente, en el 34, el sacó "Tacuruses". Por entonces, nunca me le arrimé. Le tenía terror a los escritores (se ríe)... En aquella época se tenía el concepto de que el escritor era un ser extraño, impenetrable, y yo no me arrimaba. Montiel, que ya era un escritor famoso -yo me lo había tragado-, un día fue al Progreso a dar una conferencia y pese a que tenía desesperación por hacerlo no me animé a darle la mano.-

¿Su ida a Treinta y Tres es consecuencia de su entrada al Liceo o se produce antes?

Efectivamente. A los trece años tuve que irme a hacer el Liceo. Me

preparó el maestro Santos Pintos, mi único maestro varón allá. Yo tenía miras de incriminarme en lo que se llamaba entonces la escuela de varones, la escuela 1, pero llegué tarde y no me pudieron dar el pase. Me preparé para el ingreso y entré de esa forma. No había preparatorios así que hice cuatro años, o mejor dicho cinco porque repetí un año porque me agarré una difteria que terminó en una parálisis que me tuvo anclado durante meses. De modo que a los cinco años ya tuve que venirme para Montevideo. Fue mi segundo desarraigo. El dejar las sierras me produjo un desarraigo que aún perdura. Fue una cosa tremebunda, unas heridas profundas. Ustedes no se imaginan lo que sufrí. Nadie se imagina lo que era el contraste entonces entre el campo y lo que era la ciudad. Para nosotros era "el pueblo", algo muy diferente en cuanto a costumbres, a idiosincracia. Era el choque del muchacho del campo, bruto, retraído, concentrado, con el muchacho del pueblo, de la ciudad, un tipo más abierto... en fin, un cajetilla (se ríe). Se reían de nosotros, nos ponían nombres, fue imponente. Pero con el tiempo me fui acostumbrando, me hice un ciudadano. Hice buenos amigos, sobre todo en el ámbito estudiantil. Yo fui dirigente estudiantil, organizaba fiestas, hice de todo menos estudiar, no se como hice los cuatro años (se ríe). Además me identifiqué mucho con las costumbres del pueblo: las serenatas, las retretas, las fiestas estudiantiles, que eran



Basilio Araújo 272
Tel. (0452) 2899
Treinta y Tres
URUGUAY



J. A. Lavalleja 1530
Tels. 3532-3533
Treinta y Tres

**CW45 DIFUSORA
TREINTA Y TRES
CANAL 11**

Pablo Zufriategui
1076
Tel. 2452-2476
Treinta y Tres

CX 232 A

Treinta y Tres FM Stereo

P. Zufriategui 1076 • Tel 2383

un señor acontecimiento en aquella época.

Después el segundo desarraigo...

La venida hacia Montevideo fue imponente. La soledad, el aislamiento, el muro que significaba la gente, no había forma de hacerse amigos. Por suerte vine con un compañero de primer año de Liceo, con el cual hice primer año de abogacía acá en Montevideo. Después el agarró para el lado de Agronomía y después se hizo maestro. Un gran maestro que se nos murió hace poco, Bolívar Hernández. Nos hicimos muy amigos; era un canario bien canario, un tipo formidable y con él nos entendíamos a las mil maravillas. Y de a poquitito me empecé a vincular con Montevideo y hasta ahora estoy por aquí...

¿Se vino con su familia o sólo?

A Treinta y Tres me fui solo primero y después se fue mi gente pero a Montevideo nos vinimos todos juntos. Eramos ocho hermanos y el viejo nos quería hacer estudiar a todos así que tuvo que vender todo allá.

Le propongo volver a la infancia, al campo. Hábleme de "Los Porongos".

"Los Porongos" era la casa de mi abuelo paterno, don Bruno Da Rosa, donde yo nací. El era un brasilero viejo que vino siendo muchacho, y que hablaba en "portuñol". Era hijo de don Cristino Da Rosa, mi bisabuelo, cuyas mentas me vinieron de mi padre, que era un gran admirador de él. Era un viejo analfabeto pero una cosa maravillosa. Plantador de árboles, fabricante de tahonas, molinos, y que era hermano de doña Pulpicia Da Rosa, la madre de los Saravia... Era un gran plantador de árboles. Tenía unas plantaciones maravillosas. Se pasaba cuidando los árboles y matando

hormigas. "Labra y formiga", decía. Siempre estaba con las hormigas en la mente.

Cuñado de don Chico...

Es claro... Don Chico era el padre de Aparicio y Basilicio. ¿Usted sabe que don Chico "la robó" a mi bisabuela de allá? Así fue. Se vinieron a la casa de mi bisabuelo, el los aconsejó, los hizo casar y ahí se quedaron. Era muy usual en esos tiempos "robar" la muchacha. El era un timbero, un gran timbero. El hizo fortuna así. Después empezó a comprar campos y hizo fortuna. Pero vuelvo a "Los



El Da Rosa menos conocido, con pose y pinta parlamentaria...

Porongos". Allí nací, en el año 20, en febrero. Me asistió mi bisabuela. Tuvimos allí un tiempito y mi abuelo tenía un campito en el que iba haciendo trabajar a sus hijos varones, los iba formando. Estaba en el Rincón de Dávila, donde ahora están los arrozales, en la zona de CIPA; era un campo vecino al del famoso viejo Beledo, un brasilero extraordinario, de cuyas mentas yo tengo relatos maravillosos.

Tenía tres mil cuerdas en las que había venados, chilcales que tapaban un hombre a caballo y ahora hay arroceras. Un tipo extraordinario, con unas costumbres y una intuición maravillosa. Por ahí estuvimos cinco años y luego ya nos fuimos al Avestruz Chico. Fuimos allí a un campo arrendado. Pero como mi abuelo había muerto poco después nos fuimos a las Sierras del Yermal a un campo que mi padre heredó de mi madre. Mil cuerdas pobladas, muy cerca de la Quebrada de los Cuervos, un paisaje serrano, auténtico, quebrada por aquí, monte por allá, morros, gente muy pobre, en fin. Mi padre, que era un hombre muy generoso, tuvo que prestarle a ayuda a aquella gente. No era un potentado, tenía ocho hijos y vivía empeñado, pero más o menos hizo una vida holgada. Entonces siempre reucrrían a él. Una lechera por aquí, un caballo, un corte de rancho, leña, siempre en buen trato con una gente muy pobre pero muy buena, muy trabajadora, muy humilde. Esa fue mi última residencia campesina. Después, ya estando en Montevideo, mi padre no tuvo más remedio que vender. Yo tuve que empezar a trabajar y eché raíces acá. Hice estudios hasta segundo de abogacía, pero entre el trabajo, metido un poco en política, la literatura más la mujer que me agarró hasta ahora y no me ha largado, bueno, aquí me quedé... Pero siempre mirando para allá. Antes iba muy seguido. No conseguía aguantarme. Tenía necesidad de ir a encontrarme conmigo mismo, con mi paisaje, que es una cosa que yo considero importante en la vida de un individuo.

Por qué le asigna importancia?

Porque es parte de su formación, no? Al paisaje lo tengo como un elemento de mi mismo. No me concibo fuera de aquel ámbito, sin el contacto con la naturaleza, con los seres humanos y de los otros.

¿Cómo era la vida de un niño campesino?

arrozur s. a.

Planta Industrial en Villa Sara
7a. Sección de Treinta y Tres
Tel. 2896 - 3210 - 5347
Fax (0452) 2897

Oficina en Montevideo
Rincón 454 Esc. 515
Tel. 96 13 27 - 96 13 46
Fax (02) 95 11 51

El niño campesino nace en contacto permanente con el animal, con el bicho. Fíjese que en el campo, al revés de la ciudad, hay más animales que gente (se ríe). Primero son los animales domésticos: el perro, el gato, el caballo, el buey, la lechera, el "guacho". Luego se va vinculando con todo el mundo silvestre. La pajarada toda, el pajarero todo. Donde hay árboles y mi casa estaba llena de árboles, cada árbol es una pajarera. Nos gustaba juntar pichones, criarlos, y criar bichos. Yo crié hasta un zorrillo guacho. Tomando biberón, sí señor. El zorrillo, contrariamente a lo que la gente cree, es decir que es un bicho agresivo, que por su modo de defensa que es ese orín que larga es inaccesible, no es así. Si usted lo trata bien, sobre todo desde chiquito como yo tuve a ese, se vuelve como un gatito. Le obedece, lo sigue. Dicen los veterinarios, yo nunca lo pude comprobar, que a la larga, si no se enoja (él orina cuando se enoja), se le atrofia la glándula que produce esa reserva de líquido hediondo. Nosotros, ya más grandesitos, cazábamos zorrillos para vender el cuero a los turcos ambulantes, los mercachifles. La zona estaba minada de zorrillos. En ocasiones llevábamos los zorrillos a la escuela y la maestra abría las ventanas, la tapábamos de olor (se ríe).

¿Cazaban camino a la escuela?

No, cazábamos de noche. Nos juntábamos una barra, mis hermanos, los Ortiz, Efraín y Víctor, en fin una barra grande. De noche nos citábamos y ahí salíamos de cacería (se ríe).

¿Con permiso o escapados?

Escapados. Bah, nuestros padres sabían, no?, pero nunca dijimos "miren que vamos a casar zorrillos" (se vuelve a reír). Nos escapábamos a eso de las nueve de la noche y a veces, por esos campos, a pie y con perro, hasta los límites de la madrugada.

¿Y después se repartían el producido de las ventas?

No, nos repartíamos los zorrillos.

Terminada la jornada hacíamos una rueda y empezaba el reparto de zorrillos (risas). Cada uno lo llevaba a su casa, había que ponerlos en remojo un día para que medio se descatingaran y al otro día se cuereaba. Eramos siempre cinco o seis y a veces la cosecha era como de quince zorrillos. A veces había también alguna comadreja...

¿La comadreja también pasaba...?

¡Ah sí! La comadreja era muy valiosa para los ambulantes.-

Cuéntenos algo sobre eso...

Como yo les decía había también mercachifles. Eran casi todos extranjeros, turcos, había un austríaco que era un tipo muy gracioso, muy pintoresco. Ese compraba hasta el cuero fresco y si estaba el zorrillo ahí decía "¡cuereá muchacho!" (se ríe). Se lo llevaba igual... Pero nos fuimos del tema, no?

No, hablábamos de la vida del niño campesino...

Mi padre era una persona que siempre estaba leyendo. En casa siempre había montones de libros. De modo que yo leía mucho desde chico. Y después, claro está, mi padre era ganadero y nos enseñó todas las tareas del campo. Yo aprendí todas las tareas rurales. Era capaz de alambrear, de arar, de montear, de hacer carbón, con mucha idoneidad. Ahora, claro está, los años le han ido borrando a uno esas propiedades y costumbres, pero le repito, éramos buenos troperos, enlazadores, buenos camperos, no?

Le hago una pregunta no con un ánimo comparativo o para que me de una "definición sociológica", pero ahora que tiene nietos montevideanos, ¿cuáles son las ventajas o las diferencias entre ese niño campesino y esos nietos ciudadanos?

Bueno, antes de los nietos nacie-

ron los hijos. Yo vivía desesperado porque tenía tal arraigo todavía, cuando nacieron mis hijos, que me parecía que si ellos no tenían contacto con la tierra, con el campo, no serían uruguayos. Hice lo indecible para que eso no ocurriera. Por suerte mi suegro tenía un establecimiento de campo muy lindo adonde nosotros desde chiquitos los llevábamos, se pasaban meses allá. Además yo tuve una casa que parecía una vieja estancia incrustada en pleno Pocitos. Iba de calle a calle. Ahí tuve parrales, tuve quinta, mi mujer tuvo jardín, tuvimos bichos, en fin, practicábamos la agricultura como en mis mejores tiempos. Me daba largas sudadas con los gurises... Pero llegó un momento en que eso no me alcanzaba y entonces a pecho, con una hermana, nos arrendamos un campito ahí en Casupá. Yo me iba en ferrocarril los sábados con los gurises y como tenía una buena casa ahí pude meter a mis viejos. Mi padre nos esperaba en el pueblo con un sulki y nos íbamos a la casa que estaba a una legua de allí. Hicimos ganadería e incluso una vuelta crié ovejas. Yo le compraba a los Izmendi, quienes tenían una gran deuda, yo digo más bien afectiva con mi padre, deuda de la cual ellos no se olvidaron jamás. De modo que hacíamos negocio muy fácil con el "Chilín". El negocio me daba para pagar la renta y para costear mis viajes con los gurises y eso me servía para sacarme el gusto de que mis hijos conocieran la otra cara de este país. Eso me parecía imprescindible. Por suerte mis dos hijos, pese a que están radicados en Montevideo, son grandes amantes del campo. Mi hijo es un gran campesino. El trabaja en un colegio y es coordinador de actividades al aire libre y entonces se pasa el año redondo con excursiones con los gurises campo afuera. Hasta con cien gurises a veces. Algunas excursiones con fines recreativos, pero otras de estudios. La vez pasada fueron a La Charqueada a estudiar y visitar el saladero viejo. Está como pez en el agua, no? En fin, mis hijos conocieron el campo y eso a mi me da una especie de alivio de conciencia especial (se ríe)...

ORACIÓN

Reza 9 Ave María durante 9 días y pide 3 deseos. Uno de negocios y dos imposibles. Al noveno día, publica este aviso. Se cumplirán aunque no lo creas. Gracias Dios Mío. M.E. - M.



VENGA A RECIBIR UN MILAGRO de DIOS

Iglesia de Dios en el Uruguay

Personería Jurídica Nº 281/68

Reuniones Martes, Jueves, Sábados y Domingos Hora 19:00

Zorrilla y Cacheiro - Detrás del Hospital

¿Tiene ese campo todavía?

No... Lo vendí hace tiempo. Fue cuando yo salí diputado. Primero, porque al ser diputado yo me veía un poco implicado, no?, y segundo porque ya no podía atenderlo y mis hijos no estaban en edad de hacerlo. Además, como les dije, era un poco el chiche para entretenernos y hacer esa experiencia con ellos.

Esa ligazón, ese afecto a las cosas camperas que nos ha demostrado, supongo que es lo que lo hace ser un escritor montevideano, pero que solo escribe cosas vinculadas al campo. ¿Es eso así?

Claro está. Yo escribí sólo en Montevideo por la razón de que ya estaba viviendo acá. Pero yo soy un escritor terrícola. Un regionalista como le llaman algunos. Un hombre hundido en la tierra. Mi caudal, mi cantera es campesina auténtica, total. Yo tengo miedo de ser inauténtico si escribo de Montevideo. A pesar de que hace tantos años que estoy acá no creo tener el mismo conocimiento de la vida, de los quehaceres del hombre, del paisaje montevideano, del que tengo del hombre de allá, de mis pagos. Siempre tuve una gran memoria de esa época y ese ha sido mi surtidor. Yo tengo muy poca cosa escrita que se puede decir que es urbana.-

Hace un rato, al pasar, usted mencionó a las serenatas y a las retretas como formas de diversión de la juventud en Treinta y Tres. Cuéntenos un poco como eran esos acontecimientos.-

Las serenatas eran una de esas lindas costumbres del Treinta y

Tres de mi época. Había serenatas de "las buenas" y de "las malas" porque hubo gente que aprovechaba las serenatas para robar gallinas (se ríe). Nosotros las usábamos para cantarles a nuestras muchachas, nuestras enamoradas, y para comprar alguna cañita para el día siguiente hacernos alguna fiestita en el monte. Yo no sabía tocar nada pero cantaba y siempre teníamos alguno que acompañaba. A veces era tan pobre el repertorio que usábamos un violinista, uno de los Pomatta, que siempre tocaba la misma cosa porque no sabía otra (se vuelve a reír). Las serenatas estaban preparadas, no? Es decir las muchachas nos estaban esperando ya que eran compañeras del liceo o nuestras novias. Y al dedicárselas siempre nos recibían con alguna botellita de caña que al otro día nos servía para engordar la fiesta en el monte. Eran muy románticonas, antiguas, y si usted quiere, medias desmeneladas, no?; no había nada de técnica ni mucho menos. Era una diversión nocturna. Había que pedir permiso en la Jefatura, allí anotaban todo y de noche salíamos con la guitarrita y ese violín. Otra cosa linda eran las retretas domingueras, las viejas retretas. Eran fiestas en el centro del pueblo. Venía una banda del cuartel, que era una señora banda en ese tiempo, dirigida por el Mayor Ballestrino. Un músico excelente. Daba clases de música, sobre todo a muchas mujeres, y fundamentalmente de piano. Bueno, allí escuchábamos no digo música clásica, tal vez algún vals de Strauss, pero más que nada milonga, tango y vales. Entonces la banda se colocaba allí adonde ahora está el monumento y mientras tocaba, la gente circulaba alrededor de la plaza y en un radio de dos cuadras desde el café "La Pirámide" hasta lo que era el comercio de Nahon y allá dábamos vuelta. Ibamos y veníamos. Y ahí se dragoneaba.

Nacieron grandes amores, matrimonios. La gente iba para eso, no?, a buscarse. Pero era algo gracioso. Ibamos y veníamos y a veces cambiábamos la vuelta para renovar la visual. Empezábamos por la guiñada, la sonrisita, y luego los muchachos se aproximaban, la acompañaban y si pegaba, pegaba, y si no "a otra cosa che pebeta" (se ríe).

¿Ahí mismo se producían las declaraciones de amor...?

Es claro. Memorables declaraciones de amor. Estaba Gardel en pleno apogeo sobre todo por motivo de su muerte y del cine. Entonces para nosotros Gardel era un modelo. Yo, personalmente, les confieso que vivía haciendo lo indecible por parecerme a Gardel. Yo trataba de cantar como Gardel, fumar como Gardel, vestirme como Gardel... Gardel usaba unos pañuelos y unas corbatas con obleas y hasta eso comprábamos para parecernos a Gardel (se ríe). Les voy a contar una declaración de amor que conozco. En la Plaza había unos recovecos, unas entradas que creo todavía se conservan, que eran muy apropiadas, muy propicias para el amor...

Medias oscuronas...

Exactamente. Bueno, ahí en un banco estaba la pareja y el tipo en un momento dado se le declara a la muchacha. Entonces ella le dice: "¡Me parece que algo parecido a eso le escuché decir a Carlitos Gardel en el cine..!" Y era verdad, era la letra de "El día que me quieras" (carcajadas). Claro, hay que disculparlo al tipo porque "El día que me quieras", en su origen es una poesía de Amado Nervo, a quien se la copió Leppera. ¡"El día que me quieras" se llama la poesía, además...! (se ríe) Por eso hay que disculparlo, no?

(continuará en la próxima edición)

En los Avestruces...

Les cuento una anécdota de esa zona... Una vez un caudillo blanco, que precisamente era de "los Avestruces", cayó allí en tren político, cerca de las elecciones. Después que lo saludaron, se subió a un carro que le habían puesto para iniciar el discurso en la fiesta partidaria, y entonces empezó: "Hijos del Avestruz Grande, hermanos del Avestruz Chico"... ¡Pá'qué...! ¡Los paisanos se miraron entre ellos...! ¡Oh, pare, pare un poco...!, le decían...

LABORATORIO Walter Campanella

ANALISIS CLINICOS

Equipo semiautomático y
computarizado
10 años al servicio
de Treinta y Tres
y toda la zona

Horario de atención:

7 a 11 y 17 a 19 hs.

**Sanabria casi Lavalleja
Tel: 5000 y 2143**